



LOS AMOS DE LA NOCHE

Ó M N I B U S



AARON DEMBSKI-BOWDEN

CAZADOR DE ALMAS • COSECHADOR DE SANGRE • ACECHANTE DEL VACÍO

minotauro



LOS AMOS DE LA NOCHE

Ó M N I B U S

AARON DEMBSKI-BOWDEN

minotauro

Título: *Los Amos de la Noche: Ómnibus*

Versión original inglesa publicada por Black Library.

Night Lords: The Omnibus © Copyright Games Workshop Limited 2023.

Night Lords: The Omnibus, Los Amos de la Noche: Ómnibus, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.
Todos los derechos reservados.

Título original: *Night Lords: The Omnibus*

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción:

Shadow Knight, Caballero de sombras © Patricia Nunes

Soul Hunter, Cazador de almas © Juan Pascual Martínez

Throne of Lies, Trono de mentiras © Patricia Nunes

Blood Reaper, Cosechador de sangre © Sergio Nuñez Cabrera

The Core, El núcleo © Patricia Nunes

Void Stalker, Acechante del vacío © Sergio Nuñez Cabrera

ISBN: 978-84-450-1310-6

Depósito legal: B. 11.997-2022

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



ÍNDICE

Introducción del autor	11
Caballero de sombras	17
Cazador de almas	33
Trono de mentiras	407
Cosechador de sangre	435
El núcleo	825
Acechante del vacío	871



CABALLERO DE SOMBRAS

Los pecados del padre, dicen.

Quizá sí. Quizá no. Pero nosotros siempre fuimos diferentes. Mis hermanos y yo nunca fuimos realmente familia con los otros, los Ángeles, los Lobos, los Cuervos...

Quizá la diferencia reside en el pecado de nuestro padre, quizá fuera su triunfo. Nadie me ha dado permiso para lanzar una mirada crítica sobre la historia de la VIII Legión.

Sin embargo, esas palabras se me han quedado en la cabeza. Los pecados del padre. Esas palabras han modelado mi vida.

Los pecados de mi padre resuenan por toda la eternidad como una herejía. Sin embargo, los pecados del padre de mi padre se veneran como los primeros actos de divinidad. No me pregunto si esto es justo. Nada es justo. Esa palabra es un mito. No me importa lo que es justo o lo que es correcto, ni lo que es injusto o incorrecto. Esos conceptos no existen fuera de los cráneos de los que pasan su vida en la contemplación.

Me pregunto, noche tras noche, si merezco venganza.

Consagro cada latido de mi corazón a destruir todo lo que una vez construí. Recuerda esto, recuérdalo siempre: mi espada y mi bólter ayudaron a forjar el Imperium. Yo y aquellos como yo tenemos más derecho que nadie a destruir el enfermizo imperio de la humanidad, ya que fue con nuestra sangre, nuestros huesos y nuestro sudor que se levantó.

Mira ahora a tus relucientes campeones. Los Adeptus Astartes que exploran los lugares oscuros de tu galaxia. Las hordas de frágiles mortales esclavizados por la Guardia Imperial y encadenados al servicio del Trono de las Mentiras. Ni uno de ellos había nacido cuando mis hermanos y yo construimos este imperio.

¿Merezco venganza? Déjame decirte algo sobre la venganza, pequeño vástago del Imperium. Mis hermanos y yo juramos a nuestro padre agonizante que expiaríamos los grandes pecados del pasado. Que desangraríamos el indigno imperio que habíamos construido, y que limpiaríamos las estrellas de la mácula del Falso Emperador.

Esto no es una simple venganza. Es una redención. Mi derecho a destruir es superior a tu derecho a vivir.

Recuerda esto cuando vayamos a por ti.

Es un niño ante un hombre agonizante.

El chico está más sorprendido que asustado. Su amigo, que aún no ha arrebatado ninguna vida, tira de él. No se moverá. Aún no. No puede escapar de la mirada en los ojos del hombre que se desangra.

El tendero muere.

El chico corre.

Es un niño al que las máquinas están cortando para abrirle.

Aunque duerme, el chico se sacude, traicionando las pesadillas y los nervios despiertos que reaccionan al registrar el dolor de la cirugía. Dos corazones, carnosos y relucientes, laten en el pecho abierto. Un segundo órgano nuevo, más pequeño que el nuevo corazón, alterará el crecimiento de sus huesos y potenciará que su esqueleto absorba minerales antinaturales a lo largo de su vida.

Manos que no tiemblan, algunas, humanas; otras, augméticas, trabajan en el cuerpo del niño, cortando y sellando, implantando y uniendo la carne. El chico vuelve a temblar y abre los ojos un instante.

Un dios en una máscara blanca meneaba la cabeza mirándolo.

—Duerme.

El chico trata de resistirse, pero el sueño lo sujeta con garras reconfortantes. Siente, sólo por un momento, como si se hundiera en los negros mares de su mundo nativo.

Duerme, le ha dicho el dios.

Obedece, porque la química que le han metido en la sangre le obliga a obedecer.

Le colocan en el pecho un tercer órgano, no muy lejos del corazón nuevo. Mientras la osmódula envuelve sus huesos para que crezcan con nuevos minerales, la biscopea genera un flujo de hormonas que alimentan sus músculos.

Los cirujanos sellan las heridas médicas del chico.

El chico ya ha dejado de ser humano. El trabajo de esa noche se ha encargado de eso. El tiempo dirá cuán diferente llegará a ser.

Es un adolescente ante otro cadáver.

Ese cadáver no es como el primero. Ese cadáver tiene la misma edad que el chico, y en sus últimos momentos de vida ha luchado con todas sus fuerzas, tratando desesperadamente de no morir.

El chico deja caer su arma. El cuchillo serrado se estrella contra el suelo.

Los señores de la legión se acercan a él. Tienen los ojos rojos, y sus armaduras oscuras son inmensas. De las hombreras y los petos les cuelgan cráneos sujetos por cadenas de bronce ennegrecido.

Coge aire para hablar, para decirles que ha sido un accidente. Ellos lo silencian.

—Bien hecho —le dicen.

Y le llaman «hermano».

Es un adolescente y el rifle le pesa entre las manos.

Observa durante mucho, mucho rato. Le han entrenado para eso. Sabe cómo ralentizar los corazones, cómo regular la respiración y los latidos biológicos de su cuerpo hasta que todo él permanece inmóvil como una estatua.

Depredador. Presa. Su mente se enfría, su concentración es absoluta. El mantra que repite internamente se convierte en la única manera de ver el mundo. *Depredador. Presa. Cazador. Cazado.* Nada más importa.

Aprieta el gatillo. A mil metros de distancia, un hombre muere.

—Objetivo eliminado —dice él.

Es un joven que duerme en la misma camilla de cirugía que la vez anterior.

En un sueño exigido por la química que corre por sus venas, sueña de nuevo con su primer asesinato. En el mundo despierto, las agujas y sondas médicas se hunden en la carne de la espalda para inyectarle fluidos directamente a la espina dorsal.

El chico dormido reacciona a la invasión, tosiendo una vez. Una baba ácida se desliza por sus labios y hace sisear el suelo en el que cae, royendo las losetas.

Cuando despierta, horas después, nota los conectores que recorren su columna. Las cicatrices, los nódulos metálicos...

En un universo donde no existe ningún dios, sabe que esto es lo más cerca de la divinidad que puede llegar la mortalidad.

Es un joven mirándose a los ojos.

Está desnudo en la oscura cámara, en una fila con una docena de otras almas. Otros principiantes están de pie junto a él, también sin ropa, con las marcas de la cirugía aún frescas sobre la clara piel. Él casi no los advierte. La sexualidad es un concepto olvidado, ajeno a su mente; es sólo uno de los diez mil rasgos humanos que su conciencia ha descartado. Ya no recuerda los rostros de sus padres. Sólo recuerda su propio nombre, porque los señores de su Legión nunca se lo han cambiado.

Mira a los ojos que ahora son los suyos. Le devuelven la mirada, sesgada y roja como un asesinato, encastada en un yelmo con la placa facial pintada de blanco. La calavera de ojos de sangre y pálida como el hueso le observa a su vez.

Este es su rostro ahora. A través de esos ojos, verá toda la galaxia. A través de ese yelmo de calavera, gritará su furia a aquellos que se atreven a desafiar la visión que tiene el Emperador para la humanidad.

—Eres Talos —dice un señor de la Legión—, de la Primera Garra, Décima Compañía.

Es un joven, absolutamente inhumano, inmortal e imperecedero.

Contempla la superficie de ese mundo a través de una visión carmesí, con datos pasando rápidamente sobre su retina en un lenguaje de runas blancas y claras. Ve la fuerza vital de sus hermanos en los números que pasan. Nota la temperatura exterior de su armadura sellada. Ve los marcadores de objetivos moverse al seguir el movimiento de sus ojos. Y nota su mano,

la mano que agarra su bólter, tensarse mientras trata de seguir cada objetivo fijado. Los contadores de munición muestran cuántos han muerto ese día.

A su alrededor, los alienígenas mueren. Diez, cien, mil. Sus hermanos los masacran en su camino por una ciudad de cristal violeta; los bólteres rugen y las espadas sierra aúllan. Aquí y allí, en la ópera del ruido de la batalla, un hermano grita su rabia a través de los amplificadores del yelmo.

El sonido es siempre el mismo. Los bólteres siempre rugen. Las espadas sierra siempre aúllan. Los Adeptus Astartes siempre gritan su furia. Cuando la VIII Legión hace la guerra, el ruido es el de leones y lobos matándose entre sí mientras los buitres graznan sobre ellos.

Grita las palabras que un día nunca más gritará. Palabras que pronto se volverán como ceniza en su lengua. Grita las palabras sin pensar en ellas, sin sentirlas.

Por el Emperador.

Es un joven bañado en la sangre de humanos.

Grita palabras sin un corazón con el que sentirlas, declarando conceptos de justicia Imperial y venganza merecida. Un hombre araña su armadura, rogando y suplicando.

—¡Somos leales! ¡Nos hemos rendido!

El joven le rompe la cara con la culata del bólter. Rendirse tan tarde es un gesto sin sentido. La sangre de todos ellos debe correr para dar ejemplo. Así, el resto de los mundos del sistema volverán a comportarse.

A su alrededor, la revuelta continúa sin menguar. Pronto, su bólter queda en silencio, sin voz, al no tener más proyectiles que disparar. Poco después de eso su espada sierra muere, atascada por la carne.

Los Night Lords recurren a dar muerte a los humanos con las manos desnudas, con los oscuros guanteletes golpeando, estrangulando, aplastando.

En un momento dado de la melé, la voz de un aliado le llega por el comunicador. Es un Imperial Fist. Su Legión observa desde la aburrida seguridad de su lugar de aterrizaje.

—¿Qué estáis haciendo? —quiere saber el Imperial Fist—. Hermanos, ¿os habéis vuelto locos?

Talos no responde. No se merecen una respuesta. Si los Fist hubieran hecho que se cumpliera la ley en este mundo, los Night Lords no tendrían por qué haber venido aquí.

Es un joven que ve arder su mundo natal.

Es un joven de duelo por un padre que pronto morirá.

Es un traidor a todo lo que un día consideró sagrado.

Luces punzantes atravesaban la penumbra.

El equipo de rescate avanzaba lentamente, ni paciente ni impaciente, pero con la seguridad cuidadosa de los hombres con un duro trabajo por delante y ninguna fecha límite que cumplir. El equipo se dispersó por la cámara; fue dando la vuelta a los escombros y examinando las marcas de armas de fuego en las paredes, mientras sus comunicadores internos cliqueaban al hablar los unos con los otros.

Con la nave abierta al vacío, todos los miembros del equipo de rescate vestían trajes atmosféricos contra el frío sin aire. Se comunicaban tan a menudo por signos como lo hacían con palabras.

Eso interesó al cazador que los observaba, porque él también dominaba los signos de batalla de los Astartes. Le resultaba curioso ver a sus enemigos traicionarse de un modo tan obvio.

El cazador los observó en silencio mientras las lanzas de iluminación iban de aquí para allá, mostrando los destrozos de las batallas que habían ocurrido en esa cubierta de la nave abandonada. El equipo de rescate, cuyos componentes estaban claramente mejorados genéticamente, pero que eran demasiado pequeños y con unas armaduras demasiado escasas para ser Astartes de pleno derecho, estaban impedidos por los trajes atmosféricos que llevaban. Ese confinamiento les limitaba los sentidos, mientras que la antigua armadura Mark IV del cazador le afinaba los suyos. Ellos no podían oír como él oía, ni ver lo que él veía. Y eso reducía sus posibilidades de supervivencia, ya de por sí increíblemente escasas, a absolutamente ninguna.

Sonriendo ante esa idea, el cazador susurró al espíritu-máquina de su armadura dos palabras que sedujeron al alma de la armadura de guerra. La cacería estaba a punto de comenzar:

—Visión térmica.

Su visión se nubló al cambiar al azul de los océanos más profundos, decorada por manchas de calor de supernova de los seres vivos que se

movían. El cazador contempló al equipo avanzar y separarse en dos grupos, cada uno de dos hombres.

Aquello iba a ser divertido.

Talos siguió al primer grupo por los corredores, sabiendo que los sentidos apagados de los rescatadores no captarían ni el chirriante ronroneo de su armadura ni el crujido de las servoarticulaciones.

«Rescatadores» quizá no fuera el término más adecuado, claro. Era irrespetuoso con el enemigo.

Aunque no fueran Adeptus Astartes de pleno, su mejora genética era evidente en el tamaño de sus cuerpos y en la gracia letal de sus movimientos. Ellos también eran cazadores, sólo que eran exponentes más débiles de la raza.

Principiantes.

Su insignia, montada en las placas de los hombros, mostraba una gota de sangre color rubí enmarcada por unas orgullosas alas angélicas.

Los pálidos labios del cazador se torcieron en otra media sonrisa. Aquello era inesperado. Los Blood Angels habían enviado a un equipo de exploradores...

El Night Lord no perdía el tiempo con conceptos como las coincidencias. Si los Angels estaban ahí, entonces estaban ahí de caza. Quizá la *Pacto de Sangre* había sido detectada por los sensores de largo alcance de una flota de batalla de los Blood Angels. Un descubrimiento así sin duda habría sido suficiente para llevarlos ahí.

A la caza de su preciosa espada, sin duda. Y no por primera vez.

¿Quizá fuera eso su ceremonia de iniciación? ¿Una prueba de sus proezas? Traed la espada de vuelta y ganad la entrada en el Capítulo...

«Oh, que pena».

La espada robada colgaba de la cadera del cazador, como ya llevaba años haciéndolo. Y esa noche no sería la noche en la que encontraría el camino de vuelta hacia los ansiosos Angels. Pero como siempre, si querían vender sus vidas intentando reclamarla, eran bienvenidos.

Talos revisó los textos de sus pantallas retinales. La tentación de parpadear para marcar ciertas runas era intensa, pero resistió el impulso. Esa caza ya sería lo bastante fácil sin que los narcóticos de combate corrieran por su sangre. La pureza se hallaba en abstenerse de esa clase de ayudas hasta que fueran imprescindibles.

Las runas de localización de sus hermanos de la Primera Garra parpadearon en su visor. Mientras tomaba nota de sus posiciones en otras partes de la nave, el cazador avanzó para derramar la sangre de aquellos esclavizados por el Trono de las Mentiras.

Un auténtico cazador no evitaba ser visto por su presa. Ese tipo de acoso era un acto de cobardes y carroñeros, que se mostraban sólo cuando la presa estaba muerta. ¿Dónde quedaba ahí la habilidad? ¿Dónde, el disfrute?

A un Night Lord se le criaba para cazar con otros principios más auténticos.

Talos se ocultó entre las sombras, midiendo la fuerza de los audioreceptores de los trajes de los exploradores. ¿Cuánto podían oír exactamente...?

Los siguió por un corredor, arañando la pared de metal con los nudillos de su guantelete.

Los Blood Angels se volvieron al instante, y le clavaron en la cara los rayos de sus linternas.

Eso casi funcionó, el cazador tenía que reconocérselo. Esos cazadores menores conocían a su presa; sabían que estaban cazando Night Lords. Por el espacio de medio latido, era como si el fuego del sol hubiera ardido ante su visión, cegándolo.

Pero Talos ignoró los rayos completamente. Los localizaría con la visión térmica. Las tácticas de sus presas no tenían importancia.

Cuando abrieron fuego ya se había ido, mezclándose con las sombras de un corredor lateral.

Los alcanzó de nuevo al cabo de nueve minutos.

Esa vez, los esperaba después de preparar una bonita trampa. La espada que buscaban estaba justo en su camino.

La llamaban *Aurum*. Las palabras apenas hacían justicia a su artesanía. Creada cuando la Gran Cruzada del Emperador daba sus primeros pasos hacia las estrellas, la hoja había sido forjada por uno de los primeros héroes de la Legión de los Blood Angels. Siglos después había llegado a las manos de Talos, después de que éste matara al legítimo heredero de *Aurum*.

Resultaba casi divertido la frecuencia con la que los hijos de Sanguinius intentaban recuperar la espada. Era menos divertido la frecuencia con la que tenía que matar a sus propios hermanos cuando éstos pretendían

arrebatarle la espada de sus manos muertas. La avaricia destrozaba cualquier tipo de unidad, incluso entre los hermanos de la Legión.

Los exploradores vieron la reliquia de su Capítulo, que durante tanto tiempo se les había negado sujetar. La hoja dorada estaba incrustada en las oscuras cubiertas metálicas, y su cruceta alada se volvía de marfil bajo el frío resplandor de sus linternas.

Era una invitación a entrar en la cámara y simplemente cogerla, pero era una trampa muy evidente. Sin embargo... ¿quién podía resistirse?

Ellos no lo hicieron.

Los principiantes estaban alerta, con los bólteres en alto y barriendo el espacio con celeridad, con los sentidos aguzados. El cazador los vio mover la boca mientras se intercambiaban constantes informes de situación entre ellos.

Talos se soltó del techo.

Cayó con fuerza sobre la cubierta detrás de uno de los principiantes, con los guanteletes disparados hacia fuera para agarrar al explorador.

El otro Angel se volvió y disparó. Talos rio ante el celo que había en sus ojos, ante la firmeza de sus dientes apretados, mientras el principiante disparaba tres proyectiles al cuerpo de su hermano.

El Night Lord sujetaba el convulso escudo humano ante sí, y veía el nivel de temperatura de su proyección retinal descender mientras la sangre del principiante moribundo alcanzaba las diferentes secciones de su armadura. En sus manos, el tembloroso Angel no era más que un saco pinchado de carne congelada. Los proyectiles habían detonado, casi matándole y abriéndole el traje al vacío.

—Buen tiro, Angel —dijo Talos a través de los crepitantes altavoces exteriores del comunicador de su yelmo. Tiró su escudo sangrante a un lado y saltó sobre el otro principiante, con los dedos abiertos como garras.

La pelea fue despiadadamente breve. La mejora genética completa del Night Lord unida a la fuerza incrementada de los músculos de fibra y cable de su armadura, significaba que sólo existía un posible resultado. Talos le hizo soltar el bólter de un revés y agarró al principiante.

Mientras el guerrero más débil se retorció, Talos pasó la punta de sus enguantados dedos por el claro visor del traje atmosférico del principiante.

—Esto parece frágil —dijo.

El explorador gritó algo que no oyó. El odio ardía en sus ojos. Talos gastó varios segundos disfrutando de esa expresión. Esa pasión.

Atravesó el visor con el puño, haciéndolo añicos.

Mientras un cadáver se helaba y el otro se hinchaba y se rasgaba en su camino hacia la asfixia, el Night Lord recuperó su arma, la espada que reclamaba por derecho de conquista, y regresó a las partes más oscuras de la nave.

—*Talos.* —La voz le llegó por el comunicador en un susurro sibilante.

—Habla, Uzas.

—*Han enviado a principiantes para cazarnos, hermano. Tuve que cancelar mi visión térmica para asegurarme de que mis ojos lo veían claramente. Principiantes. Contra nosotros.*

—Ahórrame tu indignación. ¿Qué quieres?

La respuesta de Uzas fue un gruñido grave y un crepitar del comunicador muerto. Talos no le hizo caso. Hacía tiempo que se había hartado de que Uzas se lamentara eternamente cada vez que se encontraban con presas insignificantes.

—Cyrion —llamó por el comunicador.

—*Sí. ¿Talos?*

—Claro.

—*Perdona. Pensaba que sería Uzas despotricando otra vez. He oído que tus cubiertas están llenas de Angels. Glorias épicas se ganarán masacrando a sus hijos, ¿eh?*

Talos ni siquiera suspiró.

—¿Has acabado?

—*Este casco está tan vacío como la cabeza de Uzas, hermano. Negativo en algo de valor. Ni siquiera un servidor que robar. Estoy regresando a la cápsula de abordaje, a no ser que necesites ayuda para acabar con los niños de los Angels.*

Talos cortó la comunicación mientras avanzaba sigilosamente por el negro corredor. Esa vez no había tenido éxito. Hora de marcharse; con las manos vacías y aún desesperadamente escasos de suministros. Esa... esa «piratería» le ofendía, como siempre. Como lo había hecho desde que habían quedado fuera de la Legión, hacía décadas. Una plaga sobre el largo tiempo muerto Señor de la Guerra y sus fracasos aún resonaba. Una

maldición sobre la noche en que la VIII Legión fue destrozada y dispersada por las estrellas.

Disminuidos. Reducidos. Sobreviviendo en dispares partidas de guerra; ecos rotos de la unidad entre los Capítulos Astartes leales.

«Los pecados del padre».

Esa curiosa emboscada de los Angels que los habían localizado era sólo una diversión menor. Talos estaba a punto de comunicar una retirada general, después de que los últimos principiantes fueran cazados y asesinados, cuando su comunicador se activó de nuevo.

—*Hermano* —dijo Xarl—. *He encontrado a los Angels.*

—Igual que Uzas y yo. Mátalos rápido y volvamos a la *Pacto*.

—*No, Talos.* —La voz de Xarl estaba rozando la rabia—. *No a los principiantes. A los Angels de verdad.*

Los Night Lords de la Primera Garra, Décima Compañía, se reunieron como lobos en el bosque. Avanzando sigilosamente por las oscuras cámaras de la nave, los cuatro Astartes se encontraron entre las sombras, hablando a través del comunicador interno, con las armas alerta.

En las manos de Talos, la espada reliquia *Aurum* reflejaba la poca luz que había, destellando con los movimientos del hombre.

—Cinco —susurró Xarl, con la voz cargada de contenida ansiedad—. Podemos con cinco. Están brillantes y orgullosos en la sala de control, no muy lejos de nuestra cápsula de abordaje. —Arañó su bólter—. Podemos con cinco —repitió.

—¿Sólo están esperando? —preguntó Cyrion—. Deben de creer que tendrán una pelea de verdad.

Uzas resopló al oír eso.

—Esto es culpa tuya, lo sabes —añadió Cyrion con una risita, mirando a Talos—. Tú y tu maldita espada.

—Mantiene las cosas interesantes —replicó Talos—. Y aprecio cada una de las maldiciones que su Capítulo me grita.

Talos dejó de hablar y entrecerró los ojos por un momento. El yelmo cadavérico de Cyrion se le nubló. Igual que el de Xarl. El sonido distante de un bólter resonó en sus oídos, no distorsionado por el ligero crepitar del casco. No era un sonido real. No era un recuerdo real. Aunque era algo parecido a ambos...

—Ten... tengo un... —Talos parpadeó para aclararse la vista, que se le nublaba. Sombras de cosas grandes le oscurecían la visión— ...un plan...

—¿Hermano? —preguntó Cyrion.

Talos se estremeció una vez; las servoarticulaciones chirriaron con el temblor.

Anclado magnéticamente al muslo, su bólter no cayó al suelo, pero sí lo hizo la espada dorada. Repicó sobre la cubierta de metal con un estruendo.

—¿Talos? —preguntó Xarl.

—No —gruñó Uzas—. Ahora no.

La cabeza de Talos se sacudió una vez, como si la armadura le hubiera enviado un impulso eléctrico a través de la columna, y cayó al suelo con el estruendo de la armadura contra el metal.

—Los dioses-máquinas de Crythe... —murmuró—. Han matado el sol.

Un momento después, comenzó a gritar.

Los otros tuvieron que desconectar a Talos del comunicador interno de la escuadra. Sus gritos apagaban cualquier otra palabra.

—Podemos con cinco —dijo Xarl—. Quedamos tres. Podemos con cinco Angels.

—Casi sin duda... —concordó Cyrion—. ¿Pero y si llaman a las escuadras de principiantes?

—Entonces matamos a cinco de ellos y a sus principiantes.

Uzas intervino.

—Hemos estado matando en nuestro camino por las estrellas desde diez mil años antes de que ellos nacieran.

—Sí, y aunque es una idea maravillosa, no necesito retórica para animarnos —replicó Cyrion—. Lo que necesito es un plan.

—Cazamos —dijeron Uzas y Xarl al unísono.

—Los matamos —añadió Xarl.

—Nos comemos su semilla genética —concluyó Uzas.

—Si esto fuera una ceremonia de entrega de premios al fervor y el celo, de nuevo el peso de las medallas os aplastaría a ambos. Pero ¿queréis lanzar un asalto a su posición mientras arrastramos a Talos? Creo que el ruido de su armadura contra el suelo reducirá bastante el elemento sorpresa, hermanos.

—Vigílo tú, Cyrion —propuso Xarl—. Uzas y yo nos encargaremos de los Angels.

—Dos contra cinco. —Las rojas lentes de Cyrion no acababan de fijarse sobre las de su hermano—. Las probabilidades no son muy buenas, Xarl.

—Entonces, por fin nos libramos los unos de los otros —gruñó Xarl—. Además, las hemos tenido peores.

Eso, al menos, era cierto.

—*Ave Dominus Nox* —se despidió Cyrion—. Cazad bien y rápido.

—*Ave Dominus Nox* —respondieron los otros dos.

Durante un rato, Cyrion escuchó los gritos de su hermano. Era difícil sacar algo en claro de aquel torrente de palabras aulladas.

Ya no era nada sorprendente. Cyrion había oído a Talos sufrir en las garras de esa aflicción muchas veces antes. En cuestión de los dones que conferían los genes, eso no era gran cosa.

«Los pecados del padre —pensó, observando la armadura inerte de Talos, y escuchando los gritos de la muerte por venir—. Cómo se reflejan en el hijo».

Según el crono retinal de Cyrion, había pasado una hora y dieciséis minutos cuando oyó la explosión.

El suelo se estremeció bajo sus botas.

—¿Xarl? ¿Uzas?

La única respuesta fue la estática.

«Fantástico».

Cuando la voz de Uzas le llegó por el comunicador, dos horas después, era débil y tintada de su amargura característica.

—*Unnnggg. Cyrion. Ya está hecho. Arrastra al profeta.*

—Suenas como si te hubieran dado—. Cyrion resistió el impulso de sonreír, por si acaso se le notaba en las palabras.

—*Y así es* —intervino Xarl—. *Estamos volviendo.*

—¿Qué ha sido esa detonación?

—*Cañón de plasma.*

—Estás... bromeando.

—*En absoluto. No tengo ni idea de por qué han traído uno de esos para luchar en las entrañas de una nave, pero el inyector de refrigerante era un objetivo perfecto.*

Cyrion parpadeó sobre la runa del símbolo de identificación de Xarl. Se abrió un canal privado entre ambos.

—¿Quién ha alcanzado a Uzaz?

—*Un principiante. Desde atrás, con un rifle de francotirador.*

Rápidamente, Cyrion cerró la comunicación para que nadie le oyera reír.

La *Pacto de Sangre* era una cuchilla de oscuridad color cobalto, bordeada de bronce y marcada por siglos de batallas. Se movía en el vacío y navegaba cerca de la presa, como un tiburón cortando las negras aguas.

La *Alma Encarmine* era una fragata tipo Gladius con una larga historia de orgullosas victorias en nombre del Capítulo de los Blood Angels, antes, la IX Legión. Abrió fuego sobre la *Pacto de Sangre* con un admirable sistema de baterías armadas.

Brevemente, y con elegancia, los escudos de vacío alrededor de la nave de asalto de los Night Lords destellaron mostrando algo similar al efecto del aceite sobre el agua.

La *Pacto de Sangre* devolvió el fuego. En cuestión de un minuto, la nave semejante a una cuchilla estaba navegando a través de los escombros del vacío, con las lanzas enfriándose de su furia momentánea. La *Alma Encarmine*, o mejor dicho, los pequeños fragmentos que quedaban de ella, chocaban y soltaban chispas al colisionar contra los escudos de vacío del crucero mientras éste atravesaba la nube en expansión del destrozo.

Otra nave, ésta golpeada y muerta en el espacio, pronto cayó bajo la sombra de la *Pacto*. El crucero de asalto oscureció el sol al acercarse para recibir de nuevo la cápsula de abordaje.

La Primera Garra llevaba fuera siete horas, investigando ese casco. Su nave nodriza había vuelto a recogerlos.

Los sellos de las mamparas sisearon cuando la puerta reforzada se abrió girando sobre sus enganches.

Xarl y Cyrion entraron a Talos a la bahía de despliegue de la *Pacto*. Uzaz fue detrás, su paso marcado por una pierna arrastrada. La columna le ardía por el proyectil sólido del francotirador, que aún tenía alojado ahí.

Pero su curación, mejorada por los genes, había cerrado y coagulado la herida. Iba a necesitar cirugía, o con mayor seguridad, un cuchillo y un espejo, para sacarse esa maldita cosa de dentro.

Uno de los Atramentar, la guardia de élite del Elevado, se hallaba allí dentro de su enorme armadura de Exterminador. Su yelmo, pintado como un cráneo y con colmillos, observaba impassible. Expositores de trofeos le adornaban la espalda, y en cada uno de ellos había impalados varios yelmos de diferentes Capítulos Astartes leales: una historia de derramamientos de sangre y traiciones, mostrada con orgullo para que la vieran sus hermanos.

Indicó, con un gesto de la cabeza, el cuerpo yacente de Talos.

—¿El Cazador de Almas está herido? —preguntó el exterminador; su voz era un gruñido grave y resonante.

—No —contestó Cyrion—. Informa al Elevado inmediatamente. Su profeta está teniendo otra visión.